

*M. G. D. Macario &*  
**HISTORIA**

*J. A. y ca. De Linares J. Per*

**APARICION DE LA SAGRADA IMAGEN**

*Mayo 12 de 1892*

**DE LA SEÑORA DONA OLIVIA**

de su Santuario y Convento anexo

**EN LOS FRATERNOS DE EN VIDA DE ESTEROS**

(PROVINCIA DE B. BARRIOS)

escrita por el

**D. Fr. Guillermo Bruzo y Gallegos,**

Religioso profeso de la Real y Militar Orden de Nuestra Señora  
de la Merced, Redencion de Captivos



LERIDA  
IMPRESA MARIANA  
1892.

gobiernos más descreídos, por la cooperación de campañas científicas, y por los mismos particulares entusiasmados por el progreso y cultura de los pueblos; cooperar pues á ella es cooperar á la obra más digna y elevada, ya se la considere desde el punto de vista de la religión, ya de el de los intereses de la sociedad.

Junto á la iniciativa de los señores Patronos iría la acción de los Superiores de la Orden, y luego despues las espontáneas erogaciones de las personas generosas y nobles que no escasean en estas comarcas; y al cabo de poco tiempo podrían contar estos desiertos con un hermoso plantel de jóvenes hijos de María, quienes, al mismo tiempo que irían cultivando su espíritu con la piedad y las ciencias, no cesarían de hacer resonar las divinas alabanzas en torno de aquel olivo bendito santificado por la presencia de María.

Si nuestro plan no merece la aprobación de nuestros lectores, por lo ménos confiamos que abonarán la intención que nos ha guiado, y el fin que procuramos alcanzar, que por cierto no es otro que el mismo de toda esta Historia: la gloria de Dios, la honra de la celestial Patrona del Olivar y el aumento y prosperidad de la esclarecida Orden de Nuestra Madre de la Merced.



## APÉNDICE PRIMERO.

### De las Procesiones.

#### § 1.º

Aunque hemos registrado algunos archivos así parroquiales como municipales, algunas historias antiguas, y hemos consultado con personas entendidas en las antigüedades de estos pueblos del Bajo Aragón, no hemos adquirido noticia alguna que nos pueda ilustrar sobre el tiempo preciso en que se iniciaron esas procesiones solennes que venos acudir año tras año, hasta de pueblos remotos, á este Santuario del Olivar. Creemos sin embargo, y no sin fundamento, que son muy antiguas y que debieron principiar á raíz del mismo milagroso suceso de la aparición de la Santa Imágen de la Virgen María.

Es muy cierto que las romerías públicas que se hacen á los Santuarios, reconocen como origen ó principio, el instinto natural al hombre de venerar los lugares consagrados por la presencia ó los prodigios de seres superiores á nosotros, de mostrar gratitud por los favores recibidos, y tambien de acudir en demanda de los favores que necesita. «Porque el hombre, dice Orsini (1), es como la hiedra; es preciso que se apoye en alguna parte, es preciso que algo le sostenga para que tenga el valor de vivir. Cuando no encuentra ni simpatías ni consuelos entre sus semejantes, evoca como por instinto á los habitantes de un mundo mejor, y reclama de ellos los socorros que la sociedad le rehusa ó que no puede otorgarle.» No busqueis fuera de estas causas el origen de todas las peregrinaciones y romerías, que son tan frecuentes y tan antiguas entre todos los pueblos, sin excluir los idólatras y salvajes; no es otro tampoco el de las procesiones á nuestro Santuario del Olivar. Indudablemente un suceso tan milagroso como el de la Aparición, cuya historia hemos relatado, debió de excitar en todos los pueblos vecinos á quienes favorecía más directamente María Santísima con tan señalada prueba de amor, un sentimiento unánime de afecto y veneración, y un impulso irresistible de venir á demostrarle gratitud en el lugar consagrado por su presencia, y á solicitar allí mismo, donde habia puesto el trono de su misericordia, todas las gracias que necesitaban. Aparte de esto, las historias más antiguas que hablan de estas procesiones, como las del Obispo Trimerán, de Lanuza, Luna, etc. las llaman *antiqui-*

(1) Hist. de la Madre de Dios, tom. 2.º, pag. 221.

*sinas* y aseguran que se remontan á la época de la Aparición, lo mismo que la tradición constante de todos estos pueblos; de donde podemos inferir, aunque no haya una prueba concreta sobre el particular, lo que al principio hemos asentado, que las romerías al Olivar arrancan de la fecha de la Aparición.

## § 2.º

El espíritu que ha movido á estos pueblos en estos solemnes actos ha sido el del amor y el de la gratitud á la Virgen Santísima; to afijidos por alguna pública calamidad, como epidemias, largas sequías, temores de guerras intestivas ú otras semejantes, largas venido y vienen en rogativa largas leguas de camino, hasta que los pies descalzos, á implorar de Maria el remedio á sus males y el consuelo á sus amarguras. Al presentarse en el Santuario á los pies de su Excelsa Patrona, piden con esa fé y confianza que inspira la seguridad de que Maria los ama, como los amó siempre, de que sus oídos están atentos á escuchar las plegarias de sus hijos, y sus manos extendidas para hacer llover sus gracias y favores; porque en verdad, Maria Santísima no puede ménos de amar á los que la aman y de mostrarse propicia á los que son solícitos en buscarla (1). Y á su vez, la liberalidad con que la Virgen ha obrado el prodigio de mantener á los pueblos firmes y constantes, desde la remota fecha del siglo XIII hasta nuestros días, en la santa práctica de las romerías, y esto apesar de tantos obstáculos que se han interpuesto en la larga sucesión de tantos años; pues, ni las guerras, ni las persecuciones de que han sido objeto las ideas religiosas en España, ni la expulsión de los Religiosos, quienes alegraban con sus cantos y solemnes cultos el amado Santuario, ni la misma petulancia y burlas necias de los descreídos de nuestros días, nada en una palabra, ha sido bastante para hacer olvidar á estos pueblos el deber de gratitud que tienen contraído con su Patrona por los muchos favores que de su mano han recibido.

Es preciso tener en cuenta tambien que estas procesiones son bastante dispendiosas para algunos de estos pueblos; porque además de los gastos que tiene que hacer por su cuenta cada familia, el Ayuntamiento ha de preparar los comestibles necesarios para todos los vecinos que toman parte en la procesión; pero ni estos desembolsos ni las demás molestias que ocasiona el viaje,

(1) *Espero diligentes me diligere, et qui mane vigiliant ad me, inventient me.* Lib. de la Sab. cap. VIII, V. 17.

les arredran. Al asomar de la primavera ya todos los pueblos comienzan á hacer sus preparativos; no se habla de otra cosa; todos los cuidados convergen á un solo punto, á prevenir las ropas y el dinero indispensables para los gastos del viaje y para la limosna á la Virgen del Olivar; y en el mes de Mayo, mes consagrado por la Iglesia al culto de la *Madre del Amor Hermoso*, se mueven en dirección del Santuario; nadie ha de faltar á las filas á ménos que lo impida alguna causa mayor. Los hombres por lo general van á pié y con sendas varas en las manos, las mozas con sus elegantes atavíos, y todos con sus mejores vestidos, como en el día de la fiesta mayor; porque no la hay otra más solemne que la procesión; el clero con sus insignias, cruz alzada, y con ministros provistos de hachones encendidos; el Ayuntamiento de gala, y estricto uniforme, luengas capus, calzón corto, medias prensadas y vistoso pañuelo de seda á la cabeza, á la usanza aragonesa. Todos puestos en orden de dos filas, salen de la parroquia entonando el *Magníficat*, al alegre volteo de las campanas, y precedidos de los históricos pendones de damasco. En la puerta del Santuario son recibidas las procesiones por la Comunidad de los religiosos, tambien con cruz alzada y ministros revestidos de los sagrados ornamentos.

Después de una pausa que se hace siempre para que la gente descanse de las fatigas del viaje, principia la misa solemne, de ordinario con sermón á cargo de uno de los Padres del convento, y concluido todo, pasa el Parroco acompañado del Ayuntamiento á una sala del monasterio á tomar un ligero refresco que ofrece la comunidad, mientras el pueblo, esparcido en la plaza de las malvas y en las afueras, se reúne en grupos de familia y toma tambien los parcos desayunos que ha traído de sus casas.

## § 3.º

El pueblo que abre la marcha con su procesión es Gargallo, de solos 600 habitantes, á dos leguas de distancia del convento; desde tiempo inmemorial tiene fijado el domingo primero de Mayo, y siempre ha acudido con la mayor puntualidad y orden. En el segundo domingo suelen venir las procesiones de Esteruel y la Mata; en el día diez del mismo mes, fiesta de la *Espinza*, reliquia que posee su iglesia parroquial, viene Alcañe, la antigua Lis, tres leguas de camino; acostumbra tener siempre sermón en la misa, y comer todos en el convento. En el segundo día de pasqua de Pentecostes se reúnen las procesiones de cinco pueblos: Alloza, Ejulve, Obón, Griyillen y Cañizar.

Antiguamente era piadosa costumbre que todos estos pueblos habian de ofrecer á la Virgen Santísima un gran cirio que debía arder todo el año durante la misa de los sábados y en los días fes-

tivos; ahora ya no se observa este uso, como sería de desear, y sólo se contentan con presentar las velas necesarias para las misas solemnes de sus respectivas procesiones, y alguna exigua limosna.

## § 4.º

Entre todos estos pueblos merece particular mención el de Léccera; porque si los anteriores profesan devoción á la Virgen del Olivar, este le profesa un amor delirante, una devoción á prueba de sacrificio; no hay nada más sagrado para él, nada más simpático que el nombre de la Virgen del Olivar. La distancia de catorce leguas de mal camino que los separa de este Santuario, los sacrificios sin cuento que se imponen, los crecidos gastos pecuniarios que les ocasiona, el espíritu de penitencia que los acompaña y el órden que guardan en todo el trayecto: han hecho celebrísima en todo Aragón, y aún podemos decir en España, la procesión de los Lecceranos. Por fortuna me hallé en Léccera en el mes de Abril y principios de Mayo del 90, y tuve ocasión de presenciar todos los preparativos, trámites y perfeccionamiento de su procesion, á la que acompañé hasta el convento; puedo, pues, como testigo ocula describir minuciosamente todas sus circunstancias, como voy á hacerlo para que los lectores que no hayan visto semejante espectáculo de la piedad aragonesa, puedan apreciarlo en el grado que se merece.

La villa de Léccera pertenece á la provincia y Arquidiócesis de Zaragoza y partido judicial de Belchite; consta de 2000 almas ó poco ménos. Hasta hace poco fué cabeza de Ducado, por cuyo título declaró el Rey Grande de España de primera clase al Excmo. Sr. D. Antonio Fernandez de Híjar, Torralto y Aragón; al presente es villa libre y no reconoce Patrono ni título alguno. Está situada en una extensa llanura, en la parte más árida de este Reino de Aragón, pues no le baña ni río ni riachuelo alguno, razón por la que no tiene huertas ni prados ni otra cosa que alegre y recree la vista en todos sus contornos, sinó son sus interminables valles cubiertos de mieses y viñas. No hay tampoco en este pueblo industria alguna, dependiendo su vida y modo de ser de la agricultura; de modo que si las cosechas fallan por sequías, apedreos ú otro motivo, la miseria y el hambre se declaran en todo el vecindario.

Sin duda alguna las condiciones excepcionales en que se halla este pueblo debieron dar la causa ocasional de la devoción ardiente que sus habitantes profesan á la Virgen del Olivar. Acaso allí en remotos tiempos se vieron afligidos de alguna hambre ó plaga semejante, y acudieron en busca de consuelo á este célebre San-

tuario, donde halláronlo á medida de sus necesidades en la clémencia de esta divina Protectora; y desde entónces en agradecimiento de aquel primer beneficio y de los subsiguientes que fueron recibiendo, hicieron voto de acudir periódicamente á rendirle las gracias, arrojando toda clase de diñchdades. De otro modo no se esplica que los Lecceranos prefieran hacer tan largo y penoso viaje, teniendo á tres leguas escasas de su pueblo otro Santuario dedicado asimismo á la Madre de Dios, en el Poyo ó Pueyo de Belchite, y tan célebre en el Bajo Aragón, que apenas hay otro que en nombradía y fama de milagroso le iguale. No vienen, es cierto, estos entusiastas devotos del Olivar todos los años, como solian hasta principios de este siglo, porque sus circunstancias económicas han cambiado considerablemente, á medida de las crecientes exigencias de la vida y de las mayores cargas y gabelas que les impone el fisco; pero tampoco dejan pasar cuatro años seguidos sin venir á cumplir religiosamente sus compromisos con la Virgen del Olivar. Dicho esto á modo de preámbulo, veamos ahora como se realiza la procesion.

Una vez que la junta municipal, de acuerdo con el Sr. Cura Párroco, ha resuelto ir en procesion al Olivar, se anuncia al público la grata nueva por medio de un público bando, señalando al mismo tiempo el día en el que se harán las *mandas*, ó sea en el que se recojerán las limosnas con que cada cual tuviere á bien concurrir para los gastos de la romería. Llegado el día, es cosa de ver el contento que reina en todo el pueblo: por doquiera se oyen gritos entusiastas á la Virgen del Olivar, las campanas se echan á vuelo, los mozos cantan coplas alusivas al asunto, y por fin, todo revela el fervor y devoción de esas buenas gentes; entre tanto, el Ayuntamiento juntamente con el párroco, van recorriendo las calles con el objeto indicado, de recojer las limosnas. Hombres y mujeres están ya apostados á los umbrales de sus casas con el dinero en la mano ó por lo ménos prontos á inscribirse en las listas ó á ofrecer trigo ú otros artículos tambien necesarios. Y en verdad que es cosa que llama grandemente la atención de cualquiera, esa actitud entusiasta de todos los vecinos, esa generosidad con que todos se prestan á las limosnas, y esto no siendo el pueblo de Léccera, como ya lo hemos insinuado, de los más ricos; hasta los más pobres han de contribuir con algo, y mendigo he conocido que ha dado *dos reales* (el óbolo de la viuda), único recurso con que contaba. Así es que nunca ha llegado á faltar la cantidad indispensable para la procesion; antes bien siempre, según referencia de los más antiguos del pueblo, ha superado al presupuesto que se hace con anticipación, cuyo avance (ó *superavit* como se dice en estos tiempos), se reserva para la siguiente

pueden pasar más allá (1). El orden que han guardado al salir del pueblo, es el mismo hasta que llegan al Santuario; todos han de ir formados en dos filas y detrás del pendón, no siendo permitido ni adelantarse ni apartarse de las filas, á ménos que no lo exija alguna perentoria necesidad. Los cánticos que entonan en todo el camino, aunque son varios, podemos reducirlos á dos principales: el *Parce, Domine, populo tuo* para los puntos llanos y bajadas, como de más alta entonación, y el *Rex Kyrie* para los repechos y más trabajosos, por ser de suave modulación; uno ú otro ha de resonar siempre, sin más intervalos de reposo que los que se toman para las comidas. Principia el canto el coro que va junto al sacerdote que lleva la Reliquia, lo continúa el medio de la procesion y lo repite el principio, mezclándose á los alegres vivas que alcan los niños; lo cual forma un contraste verdaderamente conmovedor aún para los corazones ménos sensibles. Pero sigamos el curso de nuestra procesion aunque no sea con la lentitud que ella procede, sino á la ligera para abreviar á nuestros lectores el fastidio de esta cansada relacion.

El primer sitio donde pára la procesion es á la falda de los altos montes llamados las Cucutas, que dividen los términos de las dos provincias de Zaragoza y de Teruel; allí, junto á una balasa, están preparados los jarros con el vino para ir distribuyéndolo á todos los romeros; éstos, sentados por orden de filas, al campo raso como soldados en campaña, van recibéndolo sin quejas ni murmuraciones; toman algun desayuno que han prevenido particularmente, y luego, al toque de campanilla se ordenan y ponen nuevamente en marcha. Entran en los términos de Albalate, cruzan sus montes pintorescos cubiertos de carrascas y esbeltos pinos; atraviesan hondos barrancos, extensos y peligrosos desfiladeros y siempre por escarpadas sendas, ora subiendo, ora bajando, ya en línea recta, ya en desigual zic-zac, va serpenteando la procesion y alegrando con sus cantares aquellos silenciosos campos que median entre la poblacion nombrada y la de Ariño.

Hay ciertamente momentos en que este imponente acto religioso reviste un carácter eminentemente sublime. No olvidaré jamás la profunda impresion que recibí hasta derramar lágrimas, al hallarnos en medio de un profundo barranco que se extiende antes

(1) Nota. Esta circunstancia del lamento general de las mujeres y hasta de algunos hombres, la letra de los cánticos, su tono lúgubre, el entrar en el Santuario con los pies descalzos como después veremos, y todo ese aire de tristeza y penitencia que se respira en esta solemne función, prueba evidentemente lo que dijimos al principio, que debió motivar esta procesion alguna grande calamidad.

de llegar á la balsa de Ariño. La gran profundidad del precipicio obliga á cruzarlo tomando una direccion oblicua, pero bien larga. Serian las once del dia; nadie, ni siquiera un pájaro atravesaba la honda quebrada en aquellas horas de calor abrasador; no hay en su contorno una sola choza ni de pastores; reina en todo el paraje el más fínebre silencio. La procesion casi toda subia ya el opuesto desfiladero y las caballerias bajaban por el otro; colocado en el fondo del barranco pude contemplar en todo su conjunto y á mi sabor ese espectáculo admirable que presentaban quinientos hombres, ordenados y devotos, trepando llenos de fatiga esos trabajosos vericuetos, y no obstante sin dejar de entonar las divinas alabanzas. Su voz, repetida por mil ecos en las quebras de los montes y en el fondo de los valles, en medio de aquella majestuosa soledad, tenia un encanto irresistible, y subia sin duda más allá de los empinados riscos, hasta las más elevadas regiones, hasta el trono mismo de Dios, porque no podía ménos de penetrar los cielos aquel clamor que brotaba espontáneo de almas sencillas, inspiradas del más puro sentimiento de fé y amor. Ningun fin profano perseguí an aquellos hombres, no iban á celebrar alguna bulliciosa fiesta; no tenían ningun aliciente que les hiciera llevar esas tantas penalidades: la fé, la devocion á la Reina de los Cielos, los habian arrancado de sus hogares, de en medio de sus comodidades; ese impulso soberano los llevaba alegres en medio de las más duras molestias, á pié, con escaso alimento, bajo un sol abrasador; bastaba observar su actitud compuesta y reverente, bastaba oír su dulce canto para comprender que allí habia más elevadas miras, más nobles fines que los puramente humanos, para comprender que era el sentimiento religioso, el más fuerte que puede sentir el corazón, el que estaba dando ese espectáculo que llenaba de admiracion á los hombres y de alegría á los Angeles.

Entre eso de las doce, despues de algunos momentos de parada en ciertos lugares, como cuando han de rezar una salve á la Virgen de Herrera, cuyo Santuario se divisa allá en los últimos confines del horizonte, ó cuando han de tomar un ligero sorbo de vino ó cosa por el estilo, llega la procesion á la balsa de Ariño, en cuyas márgenes cubiertas de verde grama se asientan todos para la comida. Antes de dar principio á ella es de ley que el Prior eclesiástico ó el cura párroco, si estuviere presente, dirija á la multitud un corto sermón recomendando la compostura y moderacion en todas las palabras y acciones y la devocion á Maria Santísima, para que puedan obtener de su mano misericordiosa las gracias que piensan pedirle; acto continuo toma la palabra el Alcalde, y manda y suplica á todos que guarden el más estricto orden tanto entre los concurrentes como con los vecinos de los otros pueblos,

absteniéndose absolutamente de hacer el más mínimo daño en los campos ajenos. Escusado es decir que los dos discursos son oídos con la mejor atención y disposición de ánimo por todos los peregrinos, como lo comprueba el hecho de que jamás ha tenido pueblo alguno, por cuyo término pasa la procesión, motivo de queja contra los romeros Leceranos. Despues de esto, principia la comida dando la bendición de la mesa el Prior. La distribución de los alimentos se hace con el mayor orden y prontitud, porque todo lo tienen prevenido de antemano los guisadores y sirvientes; además de la porción que le corresponde á cada uno, todos tienen derecho á pedir todo el pan que necesitan, así es que reina durante toda la refacción una perfecta armonía y la más franca y sincera fraternidad. Al concluir dan las gracias á Dios que los ha sustentado, y se alistan para continuar el viaje.

El trozo de camino que les queda en esta primera jornada, es sin duda el mas áspero y trabajoso que tienen que pasar. Poco antes de llegar á la ermita de San Pedro de los Griegos, se levanta una montaña, *de cuyo nombre no quiero acordarme* (1), que divide los términos de Oliete y de Ariño; desde su elevada cumbre se divisa un extenso panorama que comprende las mas variadas perspectivas, de valles y colinas, bosques y rios, masías y pueblos diseminados; de seguro que si no fuera árdua empresa la de trepar por aquellos temerosos desfiladeros, valdria la pena de encaramarse en su cima para disfrutar de tan hermosa vista, casi comparable á la que se despliega á los pies del famoso San Jerónimo en los Montes Serrados de Cataluña. En este sitio es de todo punto indispensable que desmonten los que van á caballo (2), sopena de correr inminente riesgo de rodar al abismo: tan ágría é inclinada es la pendiente, y tan deleznable el piso. Vencida esta montaña, se llega ya sin mayor dificultad á la ermita mencionada, á donde se dirigen cantando primero Vísperas y luego las Letanias Mayores, y allí hacen noche.

Cualquiera creeria que esta primera noche la pasarían todos en la más profunda calma, agobiados del cansancio, pero no sucede así; pues, aparte del rosario que tambien se canta en la ermita, concluida la cena, los romeros continúan toda la noche repitiendo las mismas tonadas de la procesion alternándolas con el cántico de los gozos y vivas á la Virgen del Olivar, cosa que de-

(1) Nota 1.ª Lévalo, en efecto, tal que no debemos estamparlo aqui; pero lo demás es harto conocido de los pueblos á quienes dedicamos preferentemente este humilde trabajo.

(2) Nota 2.ª Se permite ir en cabalgadura á los ancianos y débiles de salud, pero siempre en el último lugar de la procesion.

muestra hasta donde pueden llegar la devoción y al mismo tiempo el buen humor y fortaleza tanto de ánimo como de cuerpo de estas buenas gentes. En esa disposición los encuentra la aurora del siguiente día, y sin muestras de fastidio alguno, alistan todas las cosas, aparujan los bagajes, oyen una misa y prosiguen la comenzada ruta por las mismas extraviadas sendas, sin tocar en Oliete ni en otro pueblo alguno. Antes de llegar al convento apénassi hacen alguna estación para apagar la sed, porque se dan toda la prisa que pueden para poder saludar cuanto antes á la amada Madre y Señora, objeto único de sus aspiraciones y móvil de su peregrinación. Cuando han divisado la torre del Santuario, se puede decir que no hay propiamente cánticos concertados y ordenados, sino una mezcla de cánticos y vivas, una explosión de amor á la bendita Patrona del desierto. Todos se descalzan sin excluir á los sacerdotes y Ayuntamiento, en la cruz de los cipreses, y en actitud edificante van desfilando en medio de una concurrencia numerosa que atrae la fama de la procesion de Lécera, al alegre volceo de las campanas del monasterio y al són de los cánticos sagrados de la Comunidad mercenaria.

Hélos, pues, ahí en el término de su devota romería. Al pié de Maria, ya se supone, se esmeran en probarle cuánto la aman, en protestarle su fidelidad y en prometerle constancia hasta la muerte; cantan los gozos tradicionales, suben todos al camarín para adorarla y besar su sagrado manto, y cumplidos sus votos y anhelos, se retiran á tomar algun descanso, visitando el convento y las ermitas contiguas. Por la noche salen de la iglesia cantando el rosario y con velas encendidas, hasta la cruz de los cipreses; al siguiente día, acuden muy por la mañana y tambien cantando las Letanias á la ermita del Pastor. Luego se celebra la misa solenne con sermón, y finalmente, despues de comer, emprenden la marcha del regreso; lo que se ejecuta en el mismo orden y guardando el mismo itinerario que á la venida. Duermen por segunda vez en San Pedro de los Griegos, y al siguiente día, lunes, antes de ponerse el sol se debienen á comer en un punto llamado la Revollosa, á donde acuden ya las mujeres de la villa para dar la bienvenida á los peregrinos, y para ofrecerles ramos de flores y otras palmas adornadas bellamente; con estos signos de paz y de ventura entra la procesion al pueblo de Lécera, con la alegría y demostraciones festivas que ya suponen nuestros lectores, y por último concluye todo con un sermón en la iglesia y la bendición del Cura párroco. La procesion de Lécera, pues, cuesta á sus romeros cuatro dias continuados de viaje, muchos más de preparación y por lo ménos otros tantos necesarios para reposar y contar á la familias las impresiones del viaje.

Además de esta gran demostración del afecto que profesan los Lecerans á la Virgen Santísima del Olivar, celebran todos los años en su honor una fiesta solemne en el día 8 de Septiembre en su propio pueblo, y acuden particularmente las mujeres, á quienes no se les permite venir con la procesión segun hemos dicho, al Santuario del Olivar el día 7 de Septiembre de todos los años, y celebran allí la fiesta titular, y otra el día 9, á su cuenta; de modo que la Virgen del Olivar es el principal pensamiento, el único objeto del amor de este pueblo de Léñera; razón por la cual siempre se le ha considerado en el monasterio como con cierto derecho á todo lo que hay en él, siempre se le ha distinguido con particular preferencia sobre todos los pueblos. Es de desear que tan recomendables cualidades, de que dan testimonio pruebas tan elocuentes como la procesión, se conserven siempre en este dichoso pueblo; porque la fé viva, y la sólida piedad son la mejor base, ó la única, si hemos de hablar con propiedad, de la positiva felicidad de las familias y de los pueblos.

§. 5.º

Muchos otros, casi tan distantes como Léñera, solian antiguamente venir en procesión al Santuario del Olivar; entre los cuales se cuentan Alfambra, Perales y Campos de la provincia y diócesis de Teruel; Montalban, Oliete y la Zona de la Arquidiócesis de Zaragoza: mas al presente, resfriadas la fé y la piedad, han olvidado esas santas prácticas y se han eximido de pagar ese pequeño tributo de amor y gratitud á su celestial Bienhechora; en cambio, se han aumentado su pobreza y sus desventuras. Quiera Dios despertar nuevamente los sentimientos religiosos de esos malaventurados pueblos para que renunden sus tradicionales peregrinaciones al Santuario del Olivar, en donde está el manantial de todas las gracias y misericordias que han menester.

## APÉNDICE SEGUNDO.

De los milagros obrados por la Virgen Santísima del Olivar.

§. 1.º

Esta obrita destinada, como ya lo hemos dicho desde el principio, á fomentar en los fieles la piedad y el amor hácia Maria Santísima relatando su milagrosa Aparición en el valle del Olivar y los singulares beneficios que ha dispensado desde aquella remota fecha hasta nuestros dias, no tenia necesidad de que se acom-

pañara á la sencilla narración de los hechos, ninguna prueba razonada de los fundamentos sobre que descansa nuestra fé y confianza en la poderosa intercesion de Maria. Pero vivimos en un siglo que ha renegado de todo lo sobrenatural, sin duda ensobrecido con los triunfos que en el orden material ha alcanzado sobre la naturaleza; y se hace necesario, antes de referir los favores extraordinarios ó milagrosos de la Virgen del Olivar, dedicar algunas líneas á exponer los motivos que abonan nuestras creencias sobre el particular, concretándonos principalmente á una sencilla exposicion de ciertos hechos modernos, que mejor que ningún argumento, sirven para confundir la impiedad y dejar bien sentada la existencia de lo sobrenatural. Con esto no pretendemos otra cosa que prevenir á las almas candorosas y sencillas contra las seducciones del error y de la mentira, porque es preciso confesarlo con dolor: la indiferencia religiosa, que hasta hace poco era exclusiva de algunos soberbios presuntuosos de los grandes centros de poblacion, va infiltrándose tambien en los pueblos pequeños, y comienza á corromperse con esos miasmas deletéreos la atmósfera pura de los campos, donde se ha respirado siempre el aura saludable de la fé.

Al oír hablar de apariciones, de milagros y de cosas semejantes, cuantos hay que fruncen el ceño ó hacen asomar á sus labios alguna sonrisa con cierto aire de desprecio, mezclado de algo así como compasion de los infelices ignorantes que en tales cosas creen! formulan una ó dos expresiones sentenciosas sobre la imposibilidad del milagro; citan algunas leyes sobre las *ocultas* fuerzas de la naturaleza; y los más los niegan á priori, sin curdarse poco ni mucho de examinar los hechos; los niegan porque *si: stat pro ratione voluntas*; porque en su orgullo no querrian reconocer entes superiores en poder é inteligencia sobre sus menegadas facultades. Y no obstante su ilustracion, no comprenden que ese modo de proceder arguye suma necedad, ignorancia supina y hasta falta de sentido común; pues cualquiera sabe, áun sin haber sabido los principios de la lógica, que tratándose de la comprobacion de *hechos*, ante todo se ha de averiguar si constan como reales y efectivos; en tal caso, no cabe sino admitirlos, porque los hechos no se niegan: *nada hay mas brutal que un hecho*, decia el Conde de Maistre, ni hay poder en el mundo que pueda anularlos; luego, se ha de examinar sus caracteres y circunstancias, para ver si se ajustan al orden natural ó lo trascienden, apelando al testimonio de los sentidos, al de las personas entendidas y á la misma experiencia que á nadie falta de las leyes constantes y ordinarias de la naturaleza. Pero este trabajo jamás se lo quieren tomar los pretendidos *espiritistas fuertes*, y encuentran